

al triunfo y a la gloria mundanos, son legítimos y nobles. Y se ordenan y se conforman según la caridad. Son meritorios de la otra vida, del infinito.

Después del arrepentimiento, todo el pasado sigue igual (lo malo, malo está), sin embargo, todo él, (la persona) es ya diferente, porque exactamente con los mismos elementos "compone ya otra figura". Pero lo importante no es que haya cambiado el *ser* del arrepentimiento, su carácter moral, su Ethos. Porque el arrepentimiento profundo no es arrepentimiento de actos, ni tan siquiera de "vida" sino el "modo de ser" o, dicho con todo rigor, del Ethos. Sin embargo, el convertido, aún orientando su vida a la perfección en el bien, éticamente nunca puede encontrarlo del todo. Por eso, la ética es por sí sola, insuficiente y necesita abrirse a la religión. Y por eso toda verdadera conversión es siempre religiosa.

No debemos creer de cualquier forma, que con la conversión por muy religiosa que sea, todos los problemas éticos queden de golpe, resueltos. Porque la bondad de nuestros actos no depende sólo de nuestra intención, sino de lo objetivo y real. Intervienen, pues, los hábitos y las virtudes. De cualquier manera nunca al menos en esta vida, podemos definirnos, aunque algunos lo dicen como "completamente, buenos, justos, y perfectos", ni siquiera nos toca a nosotros juzgarnos. Pudimos equivocarnos el camino creyendo que estábamos en el correcto y ser lo que no debimos ser.

CAPÍTULO XV

E L A M O R.

No nos sentiríamos satisfechos al hacer este libro, o al tratar la ética o la moral, si no dedicáramos un capítulo al tema del amor. Todo mundo habla del amor y pensamos que en cierto sentido está "devaluado". Esto porque un concepto o palabra que se utiliza mucho llega en algún momento a perder su sentido. Por otro lado, si bien es cierto que a veces no entendemos lo que significa el amor, también es cierto que forma parte de la misma naturaleza humana. En este capítulo trataremos de conseguir como objetivo tres cosas:

- a) Clarificar el concepto y el sentido del amor.
- b) Hacer ver que la ética o moral debe regirse, en cierto sentido por el amor.
- c) Que el amor es trascendente.

A. ¿QUE SIGNIFICA EL AMOR?

Podemos decir que el amor es la inclinación hacia un bien, nacido del conocimiento que se tiene de su valor y mérito. Esta inclinación se manifiesta en el plano afectivo bajo la forma concreta de amor. Así, el amor es, ante todo, amor al propio bien, amor de uno mismo (que no tiene por qué ser amor a sí mismo, y menos, egoísmo). Este amor es éticamente neutral; todos los hombres se aman a sí mismos en el sentido de que todos los hombres quieren su propio bien.

La cuestión moral comienza, por una parte, en el momento de poner el sumo bien —la felicidad— en ésta o en otra realidad, v.gr.: los placeres del mundo, Dios. Esto porque nuestra idea del hombre puede ser la de un ser inmanente al

mundo en cuanto a su destino o a la de un ser que trasciende el horizonte intra-humano.

Ahora bien, el amor es claro que puede ser un sentimiento espiritual (racional), porque es, siempre, una tendencia a un bien que no se posee enteramente. El auténtico amor busca lo que nunca acaba de encontrar, porque es inaccesible. Solamente por amor ilimitado se puede alcanzar el bien ilimitado. Esto nos lleva a otro plano del amor: un amor ilimitado es un amor dado, el amor de caridad. Así, el amor como manifestación afectiva, es siempre inclinación al bien, al sumo bien. Tal fue la concepción del "eros" platónico: aspiración o tendencia de lo inferior a lo superior, de lo imperfecto a lo perfecto. Esta concepción penetra toda la mentalidad griega, y así, la "philia" o amistad aristotélica consiste más bien en amar que en ser amado y exige que el superior sea amado más de lo que él ama.

El cristianismo, según Scheler³⁹, invierte este movimiento amoroso. El amor de lo inferior a lo superior prosigue, pero se manifiesta o revela otro amor, el ágape o charitas que es al revés: amor de lo superior a lo inferior, de Dios al hombre.

En consecuencia, el amor es entrega, es darse, es ser para los demás. Cuando yo amo busco el bien, pero no mi bien únicamente, también el bien de los demás; y en muchas ocasiones antepongo el bien de los demás al mío. Si no no habría heroísmos, como el de dar la vida por el amigo. La historia nos da muchos ejemplos.

B. UNION INTIMA ENTRE EL AMOR Y EL OBRAR MORAL.

Hemos dicho que el obrar humano, ético, debe buscar la propia realización y la de los demás. Alcanzar la felicidad quiere decir, en cierto sentido, ayudar a los demás a realizarse, o a alcanzar su felicidad. Si mi elección o mi actuar en pos del bien no se rige por el amor de entrega, mi obrar moral no estará buscando mi realización plena.

¿Cómo explicar esto? Se trata de comunicar la propia riqueza a los demás por un afán de comulgar en una intimidad que rebasa bondad, por la alegría que produce el darse. Una persona se realiza en la medida en que vive del amor que realiza la unitaria comunión de los seres. El amor existe. No hay duda, pues lo sentimos y observamos. El amor es una categoría de la existencia del hombre. Agustiniamente hablando, podríamos decir que un hombre es su amor. El origen de la actividad humana, la fuerza creadora y constructiva del hombre, se llama amor.

C. TRASCENDENCIA DEL AMOR.⁴⁰

Por el amor buscamos la perfecta realización del hombre. Nuestro destino está iluminado por el amor. El amor nos revela que estamos hechos para la perfección y que nuestra sed de vivir sólo se aquietará al llegar a la perfección.

Veamos ahora cómo el amor verdadero es el amor a Dios. El instinto sexual es tan sólo una primera fase —imperfecta y provisoria— del amor. Como necesidad orgánica, desaparece una vez satisfecho. Como deseo por la posesión de un cuerpo se desvanece cuando la hermosura física se marchita o se corrompe. Por eso el auténtico amor, es amor de perfección, amor del bien, de la belleza, de la sabiduría. El verdadero amor es el amor de Dios. "No puede comprenderse la ética, en cuanto normalización racional de nuestra conducta, si no se pone como piedra de toque —ha dicho Juan R. Sepich— la experiencia de amor".⁴¹

A más de mover nuestra vida, el amor le da su valor exacto. Cuando el hombre se siente impulsado por el amor debe ante todo, examinar hacia dónde lo dirige el amor. Si se inclina a lo terrestre o corruptible por sí mismo, como último desideratum, su vida gira en torno del tiempo y de la nada. Si se dirige a lo eterno y perdurable, su vida se hace valiosa. En lo perecedero no puede encontrarse felicidad. Y nos importa, sobre todo, encontrar el camino más corto y seguro para llegar a ese feliz estado de reposo, conviene conocer y valorar cada ente para darle el grado de amor que merece.

Si el amor es la afinidad de la voluntad con un cierto bien, y la complacencia que pone en él, la voluntad de un espíritu encarnado no puede encontrar reposo ni complacencia en un bien inferior a su tipo de ser. Sólo la visión directa de la verdad infinita e increada me puede hacer gozar el verdadero amor. Mi voluntad nunca se podrá apaciguar si no es con el bien universal. Lo trascendente y lo absoluto es para el hombre una necesidad ineludible.

La naturaleza del espíritu humano consiste en el tender hacia el ser plenario. El espíritu del hombre es en cuanto desea Dios. En este sentido hay que entender al maestro -- Eckhart cuando nos dice: "el alma es en este mundo sólo por el amor; en efecto, donde ama allí es, tal como ama, que es lo único bueno en plenitud. Las creaturas son, en sí mismas, malicia y no ser. El amor sólo se puede detener en ellas previsoramente, porque, en definitiva, el amor es una relación con lo absoluto, una "alteridad" en la unidad, que a todas las cosas confiere un valor espiritual y divino."⁴²

CAPITULO XVI

OBJETO EXISTENCIAL DE LA ETICA.

Con este capítulo podemos repetir y concluir sintéticamente, temariamente, la idea principal de este libro.

La vida como lo dijimos ya, a propósito de la conversión no es la decisiva instancia ética. Cuando hablamos de la conversión veíamos; que la vida pasa, y hasta podemos hacerla cambiar de sentido. Pero lo verdaderamente importante no es *lo que pasa, sino lo que queda*; no la vida, sino lo que con ella hemos hecho. El objeto formal de la ética es, en última instancia, *no la vida, sino el carácter* adquirido en ella. A la vida venimos con una "naturaleza" con un "haber" dado. A lo largo de la vida conquistamos un carácter, un "haber" por apropiación, y éste es el que importa éticamente. Lo que se ha llegado a ser con lo que era por naturaleza, lo que con ella y sobre ella hemos impreso: el "carácter".

El carácter, éticamente considerado es la personalidad moral; lo que al hombre le va quedando "es suyo" a medida que la vida pasa: hábitos, costumbres, virtudes, vicios, modo de ser: en suma, Ethos. La tarea moral consiste en llegar a ser con lo que es. Este aspecto hay que recalcarlo, de acuerdo con Zubiri. "Somos agentes, autores y actores de nuestros actos". *Agentes* en cuanto que emergen de nuestra naturaleza; *Autores* en cuanto que son libres, dependen, no de aquella, si no de nuestra volición; *Actores* en cuanto que definimos nuestra propia figura aún, en aquella --naturaleza-- de que no somos dueños, y transformamos en "destinación" lo que, dejando a sí mismo, sería "destino". Habrá que quitar de la cabeza de algunas personas la idea de destino, como premio de lotería, como la mujer que fantásticamente espera la llegada del "príncipe azul"; es más propio del hombre, la destinación que el destino.